



**RELATOS DE ENRIQUE
OTERO D’COSTA
SOBRE LA GUERRA
DE LOS MIL DÍAS**

Álvaro Acevedo Tarazona
Rolando Malte Arévalo



DOI: <http://dx.doi.org/10.18273/revfil.v14n1-2015010>

RELATOS DE ENRIQUE OTERO D’COSTA SOBRE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS*

Resumen: El presente artículo sigue como hilo conductor la obra de Enrique Otero D’Costa, *Dianas tristes* y *Montañas de Santander*, a través de la cual se puede visualizar la fatalidad y la muerte como elementos de la vida cotidiana durante la Guerra de los Mil Días. En la escritura de Otero D’Costa hay espacio para resaltar sentimientos como la amistad y el amor fraterno en medio de la confrontación más sangrienta vivida en Colombia a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Palabras Clave: Guerra de los Mil Días, literatura, autores santandereanos, vida cotidiana, Siglo XIX.

STORIES OF ENRIQUE OTERO D’COSTA ON THE WAR OF THE THOUSAND DAYS

Abstract: This article continuous as conductive element Enrique Otero D’Costa’s work, *Dianas tristes* and *Montañas de Santander*, through which you can see the doom and death as essential elements of everyday life during the War of a Thousand Days. However, in the poetry of Otero D’Costa is no space to highlight feelings like friendship and brotherly love among the bloodiest confrontation lived in Colombia in the late nineteenth century and early twentieth century.

Keywords: War of a Thousand Days, literature, santanderean authors, daily life, XIX Century.

Fecha de recepción: octubre 5 de 2014.

Fecha de aceptación: 19 de marzo de 2015.

Forma de citar: Acevedo, A. y Malte, R. (2015). “Relatos de Enrique Otero D’Costa sobre la Guerra de los Mil Días”. *Revista Filosofía UIS*. 14 (1). pp. 213-230.

Álvaro Acevedo Tarazona: colombiano. Doctor en Historia; Profesor Universidad Industrial de Santander (UIS).

Correo electrónico: tarazona20@gmail.com

Rolando Malte Arévalo: colombiano. Historiador de la Universidad Industrial de Santander (UIS).

Correo electrónico: maltearevalorolando@gmail.com

* Revisión de tema

RELATOS DE ENRIQUE OTERO D’COSTA SOBRE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS

Tenía 16 años cuando estalló la guerra;
ambos fuimos envueltos en su rojo turbión...

Enrique Otero D’Costa

Introducción

El presente texto es una aproximación a dos obras literarias de Enrique Otero D’Costa sobre la Guerra de los Mil Días: *Dianas tristes* y *Montañas de Santander*. La primera, publicada en 1905 —cuando Otero tenía apenas 22 años— reúne 13 cuentos. La segunda, publicada en 1932 por la Imprenta del Departamento de Santander, agrupa 10 relatos sobre la guerra, más una miscelánea de leyendas y cuadros campesinos.

El propósito principal de este artículo es reconstruir a través de los relatos que Otero refiriera, a partir de su propia experiencia, el drama, el dolor y el impacto moral de la Guerra de los Mil Días. Se trata de ver los personajes y escuchar las voces de quienes se vieron “envueltos en su rojo turbión”(Otero, 2006, p. 71), según la expresión del propio Otero. Pese a que fue un testigo de excepción en las filas del Grande Ejército Liberal, vencido a la larga por las fuerzas armadas del gobierno conservador, Otero logra retratar la guerra sin caer en el apasionamiento partidista. Su mirada contempla, por el contrario, el dolor común de los dos bandos y plasma en detalle la crueldad de la guerra: las batallas cuerpo a cuerpo, la venganza, la traición, la veleidad, la mentira, la cobardía, el pillaje. Nada en la vida se conserva para siempre; a lo sumo se acumulan experiencias que se transmiten culturalmente; una condición que resignifica permanentemente la existencia. En este caso, el combatiente y escritor Otero D’costa se dirige al mundo de las afecciones en la cotidianidad de una guerra que descubre olores, sabores, sonidos, sentimientos. Si la interpretación es un medio para hacerse escuchar, los

relatos de Otero llegan hasta la actualidad con una presencia muy humana de voces y emociones. Este es el autor que interesa seguir y descubrir en sus relatos.

El historiador, el narrador

Enrique Otero D'Costa escribió historia y no propiamente literatura. Por eso sus dos únicas obras literarias dedicadas a la guerra, *Dianas tristes* y *Montañas de Santander*, se convierten en obras de relevancia en el itinerario de sus preocupaciones. Como historiador, estuvo alejado del canon impuesto por la tradición europea de finales del siglo XIX y principios del XX. Una afirmación que se comprueba en su extenso trabajo titulado "El Licenciado Jiménez de Quesada" (Otero, 1916). Extrañamente, no dio al relato histórico el papel preponderante que ya tenía en la historiografía de la época. La crítica documental, acompañada por una práctica de la erudición, aproximó sus primeros trabajos con el método histórico, pero la ausencia de la narración los privó, precisamente, de la dimensión historiográfica que equilibra narrativa y explicación (Ricoeur, 2004). Esto justifica aún más ir a los relatos de ficción del escritor santandereano, ya que en ellos se puede ver al narrador que está ausente en la obra histórica. Un testigo y narrador de una guerra en la que no hay casi escenas para el amor o el humor y, sin embargo, es posible encontrarlos en un relato como "Rosita de Alejandría" (Otero, 2006) o la astucia humorística en "El vuelo de José Beltrán" (2006).

Como sobreviviente a la Guerra de los Mil Días, Enrique Otero D'Costa no fue el único escritor interesado en relatar su experiencia. Tan pronto finalizaron los enfrentamientos, una amplia gama de textos fueron vertidos en letras de imprenta: cuentos, memorias, relatos, poesías, anécdotas, crónicas, novelas e historias empezaron a circular a lo largo y ancho del país. En el departamento de Antioquia, la *Revista Cascabel*, tras finalizar la batalla de Palonegro (en el departamento de Santander), aprovechó el retorno de los soldados para abrir un concurso de cuento que versara sobre el regreso del recluta a su hogar, según lo refiere Gonzalo España (España, 2005, p. 55). El concurso premió con su publicación los diez mejores relatos, en un libro antológico que apareció en 1901 con el título *El recluta*. En 1902, José María Vargas Vila publicó en Europa, su novela *Los parias*. En noviembre de 1904, la *Revista Lectura y Arte* de la ciudad de Medellín empezó a publicar por entregas la novela *A flor de tierra*, de Saturnino Restrepo. Lo mismo hizo hacia 1906, la *Revista Alpha* —también de Medellín— con *Nobleza obliga*, una novela corta de José A. Gaviria (Naranjo, 1995). En 1907, Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot publicaron en Bogotá, *Pax*, la novela más importante que sobre este tema se escribiera en la época, según lo refiere Eduardo Santa (Santa, 1990, p. 441).

Los jefes militares de uno y otro partido, pero principalmente los del bando liberal¹, también se aventuraron en el campo de la escritura. En sus memorias, además de explicar las causas de la guerra, también analizaban las repercusiones históricas de la misma, describían aquellos combates que a su juicio eran memorables, ensalzaban la memoria de los caídos en combate o saldaban cuentas con sus antiguos enemigos (Pérez, 2012, p. 170). Nada o muy poco decían, sin embargo, de aspectos tan cruciales como la vida militar, las prácticas médicas y los horrores de la muerte. Pese a que la Guerra de los Mil Días tuvo momentos trágicos, al parecer la mayoría de los memorialistas prefirió olvidarlos.

Algo similar sucedió con los métodos médicos utilizados en los campos de batalla, con la “logística cotidiana” de la guerra, es decir, aquella lógica por medio de la cual se organizaba *stricto sensu* la vida del cuartel (Deas, 2001, p. 135). Una cotidianidad cuartelaria de la que Otero da cuenta en uno de sus pocos relatos románticos en los que se conjugan humor y lealtad por parte del prisionero corneta del bando conservador, llamado Quintín González. *Honni Soit (Honni soit qui mal y pense...)* se titula el relato de este prisionero de guerra y “maravilloso corneta”, reclutado por el Coronel Neira para que le sirviese de corneta en las batallas del bando liberal. Una labor que el Cabo Primero Quintín González cumplió con honor y destreza, bajo el juramento de fugarse tan pronto tuviese oportunidad. Juramento que, en efecto, cumplió luego de cierto tiempo en su papel de corneta al lado del Coronel Neira, dejándole a este y a la tropa liberal el caballo, el uniforme y la corneta. Un gesto de lo “buen goño” que era el cabo primero y quien se marchó con “la tomineja”, su compañera de trabajo y amores desde antes de la cautividad. En estricto cumplió su palabra el Cabo Quintín que se largó a buscar a los suyos tan pronto dejó adiestrado en su función de corneta al “sabañón”, ya muy “baquiano” en esta tarea y a quien la tropa “chunqueaba” con la “tomineja” (Otero, 2006, p. 109-116).

No sucedió lo mismo con las obras narrativas de carácter ficcional. Los relatos de Otero D'Costa permiten entrar en el agujero oscuro de las batallas que las memorias o los documentos históricos oficiales obviaban, y también le permiten entrar en el escenario desolador, cruel, heroico, radical o cotidiano de la guerra en el que necesariamente no se libraban los enfrentamientos cuerpo a cuerpo. De manera que el pillaje, la guerra de guerrillas, el apilamiento de muertos, las ceremonias fúnebres o de triunfo y otras derivaciones del conflicto son tratados por la pluma de Otero. Las fechas y los lugares señalados por el escritor tienen una relación íntima con los acontecimientos de las batallas y su espectro de Mil Días, pero no a la manera de las acciones referidas por el historiador, sino a la manera descriptiva del detalle, de los objetos, de la vida interior de los personajes.

¹ Entre los memorialistas cabe destacar a Joaquín Tamayo, Lucas Caballero, Henrique Arboleda, Eduardo Rodríguez, Víctor Salazar, Pedro Franco, Manuel Pineda y Sabas Socarrás. Con excepción de Víctor Salazar, todos estaban adscritos al Partido Liberal.

En sus veintitrés relatos, Otero no entra en el terreno del contexto explicativo, de la misma forma que intenta hacerlo el historiador al buscar las causalidades interpretativas, las variables analíticas; su propósito es identificar los elementos de un cuadro, plasmar el espíritu de los personajes. De manera que la ideología es lo que menos cuenta en los relatos de Otero. Solo hay un cuento que intenta mostrar la inmensidad derrotada del Grande Ejército Liberal, su marcha derrotada en “Gloriosos jirones”: “Agonía sangrienta” (Otero, 2006).

En un libro de Roger Chartier (1996, pp. II-VI) publicado hace ya algunos años que lleva por título *El mundo como representación*, se demarcó una agenda para el estudio de la historia cultural, en la cual el texto impreso, indistintamente de su naturaleza o clasificación, se constituye en un primer referente a partir del cual se orientan cinco temáticas en el análisis de las publicaciones: 1) las motivaciones políticas, sociales, intelectuales en el contexto de la producción escrita; 2) los principios clasificatorios, organizativos, verificables de la producción en sí misma; 3) los discursos ideológicos; 4) las formas de transmisión en la memoria social; 5) las sociabilidades intelectuales y políticas de quienes hicieron y compartieron la producción textual en el ámbito universitario y académico cultural. De manera que una obra literaria se constituye en fuente para la historia por expresar representaciones sociales y prácticas culturales. Los textos crean sentidos en sí y en los propios lectores (Chartier, 2007, 2007a, 2007b). El propósito es leer a Enrique Otero D’Costa resignificando la cotidianidad de la guerra, ya sea referida al propio contexto de la época o a la guerra en sí misma.

Las fechas y los lugares son utilizados por Otero para establecer las coordenadas espacio-temporales de las acciones humanas que le interesa relatar. Estos hechos, pese a que no acontecieron tal como son referidos, versan sobre situaciones posibles, así que, Enrique Otero D’Costa las cuenta porque estaban dentro de la gama de las acciones humanas que constituían su experiencia vital. En este sentido, los relatos de Otero reconstruyen el acontecer de la guerra, específicamente de la Guerra de los Mil Días.

Casi la totalidad de los relatos de Otero sobre la guerra son trágicos. Es posible que la intelectualización de la guerra permita explicar las batallas, los acontecimientos memorables, los héroes caídos, las hazañas de los combatientes; pero, el intelecto elabora también posibilidades comprensivas en la poética del relato. Desde este enfoque es que se invita a descubrir una nueva lectura sobre la guerra de los Mil Días.

El contexto: guerra

A finales del siglo XIX Colombia era un país periférico de América del Sur. Muy pocos aspectos de los adelantos económicos, tecnológicos, científicos y culturales experimentados por las naciones europeas parecían influir en el devenir de esta aislada república. Los adelantos tecnológicos y los valores culturales que por aquellos años reconfiguraron la denominada civilización occidental, apenas si la influenciaban tangencialmente. La medicina, por ejemplo, si bien en el nivel académico se plegaba a la tendencia del paradigma impulsado por la ciencia experimental, a nivel práctico aún constituía una mezcla de pragmatismo, saber libresco e intuición. De la higiene y de su relación con las enfermedades contagiosas, nada o muy poco se sabía. Filtrar el agua y hervirla para potabilizarla en una ciudad como Bogotá era una práctica poco frecuente, incluso entre los acomodados económicamente de la sociedad (Henderson, 2006, p. 69).

En términos demográficos y urbanísticos, Colombia era un país rural y atrasado. Según se desprende de los cálculos ofrecidos por Keith Christie, hacia la primera década del siglo XX, menos del 8% de la población colombiana vivía en las cabeceras municipales, esto era, en localidades de más de veinte mil habitantes (Christie, 1986, p. 11). En total, la población no superaba los 4.3 millones de personas; para la mayoría de ellos la expectativa de vida bordeaba los 29 años de edad (MOXLAD), y solo el 32% de los colombianos tenía algún grado de alfabetización (MOXLAD). Las calles de ciudades y pueblos aún conservaban el aspecto de las vías coloniales. Las cloacas bogotanas eran en 1882 “canales abiertos que corrían por la mitad de la calle” (Melo, s.f., p. 10). El agua para el consumo diario se obtenía de las fuentes públicas; las edificaciones, de una y dos plantas, aún se levantaban en tapia pisada.

Desde el punto de vista socioeconómico, Colombia, pese a los esfuerzos de un sector denominado progresista (aquel sector que por lo menos desde 1850 impulsaba un ideario político que propendía por la separación efectiva entre la Iglesia y el Estado), aún no contaba con una clase media que convirtiera las ciudades en centros habitables. La educación, controlada por la Iglesia Católica desde 1886, tuvo por principal fin contrarrestar el influjo que en 1870 le proveyeran las reformas radicales del liberalismo. Hacia finales del siglo Colombia carecería, en consecuencia, de un liderazgo sostenido capaz de emprender las reformas liberales necesarias para enrumbar el país hacia los tiempos modernos. De ello dan cuenta las vías de comunicación. El transporte comercial como el de pasajeros apenas había mejorado si se lo comparaba con el que existía antes de la Independencia. Con la excepción de Honda —el puerto fluvial que lograba vincular al país con el resto del mundo a través del río Magdalena— “prácticamente a todas las poblaciones del interior se llegaba a caballo, a lomo de mula o a pie” (Henderson, 2006, p. 14). El ferrocarril era un adelanto apenas soñado, y

solo el transporte a vapor por el río Magdalena lograba agilizar el movimiento de mercancías a lo largo del territorio colombiano. En síntesis, durante este período de la historia nacional, el país se caracterizó por la carencia de una estructura productiva y de transporte que pudiera considerarse moderna (Tovar, 1989, p. 24). En un país en el que el río Magdalena continuaba siendo el único medio que lo vinculaba al resto del mundo, la vida cotidiana debió ser muy provinciana, muy parroquial, casi inmutable.

Pese a las guerras civiles, la mayoría de colombianos de aquella época vivían su día a día de manera pausada y tranquila. Mientras que la misa dominical, el día de mercado y las fiestas religiosas y patrióticas acompasaban la rutina, los momentos cruciales de la vida eran marcados por el bautismo, el matrimonio y las defunciones; los tres, sin excepción, según los ritos del catolicismo. En pueblos y ciudades, para un pequeño sector de la población infantil, asistir a la escuela se había convertido en una tarea posible, por lo menos desde 1870 (Rausch, 1993, p. 169-170). Un grupo todavía menor de la población lograba concluir sus estudios de secundaria; la minoría que alcanzaba esta meta podía enrolarse en las filas del aún precario aparato burocrático del Estado. Con el tiempo, los logros educativos se convirtieron en un hito más de la vida cotidiana. Pese a que algunos cosmopolitas, siguiendo la moda europea, introducían nuevos espacios de sociabilidad como los teatros, los clubes sociales y los almacenes, para la gente del común, la iglesia y la plaza de mercado eran los únicos espacios sociables. Las acciones humanas seguían entonces el ritmo lento de la tradición y la vida familiar.

Pero no todo era paz y tranquilidad. El siglo XIX colombiano contaba con un elemento que, de tanto en tanto, lograba perturbar aquella tradicional forma de vida: la guerra. Durante la primera centuria de la historia republicana fueron varios los inconformismos políticos y sociales que se saldaron con la intermediación de las armas. La Guerra de los Supremos, por citar un conflicto, surgió como un levantamiento popular en contra de una ley emitida por el Congreso en 1839 y que ordenaba cerrar los conventos menores de la ciudad de Pasto. La decisión, bien reputada por algunos políticos denominados progresistas, fue vista por los habitantes de aquella ciudad como una afrenta a la religión (Bushnell, 1994, p. 132). La disputa militar logró movilizar amplios sectores sociales. Para el sector tradicional, el objetivo central del levantamiento era defender las instituciones religiosas amenazadas por la institucionalidad gubernamental. Para un sector del Estado, la guerra tenía el fin estratégico de conservar la hegemonía que ostentaba sobre sus regiones de origen, por lo menos desde la Independencia. De ahí que el conflicto recibiera el nombre de Guerra de los Supremos (132). Tras la expedición de una ley de amnistía hacia 1842, la guerra llegó a su fin. No obstante, el terreno para los conflictos venideros quedó abonado. La guerra culminó con la creación de los dos partidos políticos que más adelante se convertirían en los principales protagonistas de las próximas guerras civiles: el Partido Conservador y el Partido Liberal. Precisamente, la lucha por el poder político entre estas dos facciones

políticas desató la Guerra de los Mil Días, con una cifra estimada en 100.000 muertos.

A la Guerra de los Supremos le siguieron las guerras de 1851, 1854, 1859-1862, 1876-1877, 1884, 1885, y la Guerra de los Mil Días (1899-1902). En total, en poco más de cincuenta años, el país experimentó ocho guerras civiles, lo que en cálculos simples permite promediar una guerra cada seis o siete años. Además de estas "guerras generales" (Tirado, 1996, p. 11), en el siglo XIX también acontecieron, según lo refiere Thomas Fischer, "14 guerras regionales, tres golpes de cuartel, una conspiración fallida y numerosas contiendas locales" (2001, p. 43). La guerra también marcó, junto con los bautismos, los matrimonios y los funerales, el compás de la vida cotidiana. Por lo menos, a esta conclusión llegó el viajero alemán Otto Bürger al despuntar el siglo XX, cuando señaló que los colombianos solían recordar los sucesos importantes de sus vidas haciendo referencia a alguna guerra, un levantamiento o una revolución (Citado en Fischer, 2001, p. 43).

El 18 de octubre, exactamente, estalló la guerra de los Mil Días en Santander. Una vez desencadenado el conflicto hubo pronunciamientos y acciones de guerra en Zapatoca, Socorro, Ráquira, Nocaima, Chiquinquirá. El 12 de noviembre de 1899 aconteció la batalla de Piedecuesta y Bucaramanga. En los enfrentamientos de uno y otro bando murieron casi 400 combatientes. El triunfo fue para el ejército conservador y el mayor número de caídos para el bando liberal (unos 300 hombres). Entre los días 13 y 16 de diciembre de 1899 sobrevino la batalla de Peralonso con un triunfo heroico para los liberales. Después, transcurrieron unos cinco meses de relativa calma. En el mes de mayo de 1900 se libró la batalla de Palonegro con un triunfo contundente para las muy bien apertrechadas tropas conservadoras. Posteriormente, se dieron otros combates, pero sin comparación con la magnitud del sucedido en Palonegro. Las tropas liberales no se recuperaron de aquel golpe. La guerra continuó en otros departamentos de Colombia. La mayoría de combatientes liberales se dirigieron a la Costa Atlántica. El 24 de octubre de 1902 el general Rafael Uribe Uribe firmó el tratado de paz en Neerlandia, una hacienda cercana al municipio de Ciénaga.

Todas y cada una de las guerras del siglo XIX en Colombia incubaron odios y crueldades en los combatientes. "Pro causa" es uno de los relatos de Enrique Otero que muestra cómo lleva el odio y la venganza a honduras insospechadas: el Alférez Colmenares se hace una profunda herida en el pecho, inculpando a dos infelices prisioneros liberados por el Coronel Lersundi. El motivo de la liberación de los cautivos no era otro que haber sido reclutados a la fuerza y obligados a luchar en el bando conservador. Era tal el odio y la sed de venganza de Colmenares que, ante la imposibilidad de matar a los dos reclutas del mismo batallón que fusiló a su hermano, terminó inmolándose para que así creyesen que los causantes de su muerte habían sido los soldados cautivos, y nunca terminase la persecución y exterminio contra todos los conservadores (Otero, 2006, pp. 73-78). Como

se puede notar, la sed de venganza siempre fue un motivo para enrolarse en el bando desde el cual podría desagraviarse a un deudo. Ernst Röthlisberger, un viajero suizo que tuvo la oportunidad de presenciar la guerra de 1884, así lo señalaba:

No es por convicción por lo que la mayoría está afiliada en este o en el otro partido, sino porque en uno de ellos tiene que vengar algún hecho de atrocidad. A este le han matado el padre, al de más allá se le llevaron un hermano, a un tercero le ultrajaron madre y hermanas; en la próxima revolución han de vengar las afrentas. Así ocurre que entre los conservadores encontramos gente librepensadora, y entre los liberales católicos fanáticos. Cada cual se rige por la ley de la venganza de sangre (Citado en Fischer, 2001, p. 44).

La venganza y otros temas fueron vívidamente retratados por Enrique Otero D'Costa en las veintitrés narraciones que elaboró luego de finalizar las grandes batallas y se firmase la paz. En Santander, sin embargo, la guerra de guerrillas continuó como una modalidad de combate y pillaje por parte de reducidos grupos de combatientes liberales; un tema también tratado en los relatos de Otero "Narración de un guerrillero" y "El charaleño".

Afecciones de la guerra

Entrar en la mentalidad de los combatientes y civiles contemporáneos de la guerra no es tarea fácil —y diríase casi imposible—, si se carece de fuentes personales explícitas como cartas o diarios personales. Una manera distinta de aproximación a la "realidad de la guerra", incluso a la manera en que fue experimentada o vivida, es posible a través de una lectura detenida de los relatos que sus protagonistas legaron. Este es el caso de Enrique Otero D'Costa y la construcción de sus cuentos con intencionalidad testimonial y artística; sus relatos, sin que vuelvan intrascendente la forma, retoman el fin meramente enunciativo y descriptivo del lenguaje, para dejar "la más conmovedora instantánea de la conflagración", como lo indica Gonzalo España (2001, p. 11).

En sus relatos, Otero revela, además de sus pensamientos sobre la naturaleza humana, la manera como sus coetáneos experimentaron la guerra, ese desplazamiento que arroja a todos los seres a un mundo de contingencias. En distintos pasajes de su obra, Otero muestra la manera en que el soldado vivía y se enfrentaba al horror mismo de la batalla; también dibuja los sentimientos de entrega y sacrificio por las causas políticas o el shock emocional que entre la población causaba la muerte. Asimismo, en estos relatos es recurrente encontrar actos heroicos por la bandera; y como telón de fondo la música previa a las batallas. Benjamín Otero, hermano de Enrique, era musicólogo, y el propio Enrique tocaba el tiple.

Durante el siglo XIX los movimientos en el campo de batalla estaban guiados por la banda de guerra². Por lo menos desde el período absolutista, los toques de esta unidad de los ejércitos modernos desempeñaban un papel fundamental tanto en el proceso de instrucción militar como en la confrontación bélica. Como parte de la logística castrense, estos toques servían para impartir las órdenes que todos y cada uno de los miembros del ejército debían acatar para actuar como un solo cuerpo (Ruíz, 2002, p. VII). Además del toque de diana, sin duda, el más popular, el trompeta, el corneta y el clarín (es decir, cada uno de los soldados encargados del instrumento que los identificaba según su pertenencia a la infantería, la caballería y la artillería, respectivamente) estaban entrenados para dar en el campo de batalla distintas señales marciales: “Paso de carga”, “Calar bayoneta”, “Cesar los fuegos” y “Degüello general” eran las señas con las cuales generales y subalternos dirigían las sinfonías de guerra. En “Fraternal”, el primero de los relatos incluidos en *Dianas tristes*, Otero D'Costa describe cuán metódicos eran los ejércitos enfrentados. Los combatientes operaban con “admirable disciplina”(Otero, 2006, p. 24) la marcha, la preparación para el ataque y la embestida final:

Las cornetas rompieron el aire tocando el “Paso de carga” con seña de “Pasitrote” y la columna avanzó compacta; marchaban los soldados apegados unos a otros, viéndose el grupo de hombres a la manera de una gran serpiente negra, que se iba enroscando por las vueltas rojas del cerro [...].

Al salir a una pequeña planicie, la columna de ataque fue descubierta y el enemigo le rompió nutridísimo fuego de frente. De aquella trinchera, meta de su empresa que en la cumbre del cerro se veía negra y sombría, salían desencadenados los proyectiles del Rémington, destruyendo piernas, floreado brazos, despedazando cráneos. De las troneras se veían salir las boquillas de los fusiles y por encima de aquella masa negra hecha de troncos de árboles, de costales con tierra, de cadáveres..., se descubría una bandera azul flotando entre una densa nube de humo blanquecino.

“¡Guarden distancias!”, rugió la voz del coronel; los soldados se separaron unos de otros, debilitándose así el blanco al enemigo, y continuaron la peligrosa marcha hacia la cumbre, fríos, silenciosos. De uno a otro lado iban cayendo oficiales y soldados; quienes, heridos, los más, imuertos! Mas los atacantes continuaban avanzando tenaces, impasibles, mirando a intervalos con ojos amenazantes la fantástica trinchera, viéndola cada vez más cercana, y saboreando la venganza y el desquite que tomarían. Veinte metros más de marcha y el drama se desenlazaría. Ya estaban cerca, muy cerca, ya distinguían las cabezas de los enemigos, que se asomaban y se escondían instantáneamente.

² La banda de guerra es la unidad militar a la que le corresponde proteger a la Escolta de Bandera y hacer honores a la enseña patria y a las autoridades civiles y militares. Está conformada por tres elementos: tambor, corneta y estandarte.

“Calar bayoneta”, clamoreó el clarín de guerra; la operación se hizo con admirable disciplina; luego volvió la corneta a vibrar en el espacio, cantando el toque agudo y penetrante, de finas y punzantes notas: el toque de “¡Degüello General!”.

Las notas de muerte hirieron los nervios de los soldados, y con empuje desbordante, desbordante empuje de rabia comprimida, cayeron como una avalancha sobre la trinchera. Lo espantoso de aquel choque, lo violento de aquel ataque, lo recio de aquella tormenta, no tiene palabra para describirse. Fue una fusión instantánea de dos torrentes bramadores, fue una horrible incrustación de dos grupos de hombres-fieras, una lucha cuerpo a cuerpo de dos legiones de demonios. ¡Y la sinfonía de aquel cuadro!...La horrible sinfonía de las notas de muerte... ¡El toque a “Degüello”! (Otero, 2006, pp. 23-24).

Las dianas o los toques marciales también estaban creados para mantener en alto el ánimo de la tropa. En medio del ruido causado por fusiles y cañones, con el toque claro y nítido de la trompeta, el tambor o la corneta, el soldado, antes atemorizado, adquiriría los bríos del temerario. Así se describe en el siguiente pasaje:

Éramos treinta soldados del batallón “Libres”. Dos horas hacía que contra viento y marea sosteníamos una posición débilmente atrincherada sobre la pequeña colina de “Los colorados”. Desde las torres de Piedecuesta y del cerrillo del cementerio nos abaleaban sin tregua ni descanso [...]

[...] en la vega se distinguían los uniformes rojos del enemigo, emboscado entre los verdes cañadulzales en flor; sus bayonetas despedían fulgores siniestros; en los cacaotales, hacia la parte del riachuelo, se escuchaba el combate reñido; las detonaciones estallaban sordas entre la arboleda y el tiroteo arreciaba por momentos.

En medio de este cuadro dantesco, en medio del estruendo rabioso de los fusiles, sobresalía la nota argentina de la trompeta de guerra; y su canción clara del “paso de carga” vibraba singularmente en el espacio y la repercutía el eco en los montes vecinos [...]

El combate se arreciaba con un crescendo espantoso; las balas silbaban lúgubrememente y se estrellaban contra la trinchera produciendo un ruido seco a modo de latigazos. De vez en cuando... ¡uno menos! Pronto, una verdadera tempestad de plomo se desató furiosa sobre nuestras posiciones. Las cornetas vibraron con más fuerza, el Mayor Gutiérrez se desató en gritos de guerra: “Firmes muchachos: ¡Aquí de los valientes; cruja el parche³ y arda Troya! ¡Firmes!” (29-31).

³ “Cruja el parche”, es decir, que redoble el tambor.

Los toques de la banda podían levantar el ánimo de los combatientes, pero también acompañar los horrores de la batalla. Esto es precisamente lo que se muestra en el "Alto de la Cruz". En este relato, Otero emplea la mayor parte del discurso para ubicar o circunscribir una imagen: la del soldado alcanzado por la muerte. Después de describir el ataque del que fuera objeto una "pequeña batería" del ejército liberal, describe cómo este grupo, animado por las "alegres dianas", las agudas notas de las cornetas y el ruidoso "Parche y Aro" de los tambores, pudo resistir el embate. Otero también retrata la fatalidad de este enfrentamiento:

Como a diez metros de nuestra batería, había un viejo muro medio derruido y allí nos refugiamos algunos artilleros. A mi lado se colocó un joven corneta de alta estatura y ojos brillantes. Era nativo de aquella región según me dijo, y se llamaba Suárez.

"Mire Usted, mi teniente", me dijo apuntando con el dedo hacia el levante; "allá, en la falda de aquel cerro, en aquella casita que blanquea al lado de esa ceja de monte, vivía yo; ahí deben vivir aún mis ancianos padres y con ellos, mi prima Rosita". Su índice señalaba el alto de La Cruz [...]

De improviso una explosiva cayó en medio de la banda de cornetas estallando furiosamente; apenas se hubo disipado el polvo, distinguí a Suárez, entre un grupo de cadáveres; allí estaba el pobre Suárez, con la faz lívida, con sus manos agarrotadas apretando convulsivamente la corneta adornada de borlas rojas.

Acudí presurosamente en su auxilio; tenía el desgraciado una pierna destrozada, de la cabeza manaba sangre en abundancia. "¡Ay!, mi teniente", me dijo con voz casi imperceptible, "¡encontré ya la muerte!...Lléveme allí...Al pie de la pared...".

A duras penas logré alzarlo y lo llevé al pie del muro. Cuando lo descargué a tierra... ¡ya había expirado! (43-45).

Retratado el acto de la muerte, Otero quiso finalizar su relato mostrando en una imagen desoladora; cuán triste resultaba aquel sacrificio humano:

¡Reclinado en la pared quedó el muerto, con los ojos muy abiertos, fijos en el alto de La Cruz como mirando los lugares queridos!

Y parecía que sus pupilas inmóviles contemplaban extasiadas los flancos del cerro y la casita que blanqueaba al pie de la ceja de monte, la blanca casita dorada por los moribundos rayos del sol poniente (45).

La manera en que el autor concibe la guerra deja ver los rostros de los dos ejércitos enfrentados. En ocasiones no duda en retratarla de manera fría y descarnada como en los relatos ya aludidos. En otras, la dibuja injusta como en el relato titulado "¡Viene!", en el que un joven veterano de la guerra se ve obligado

a mentirle a una madre sobre la triste suerte de su hijo muerto, pues no soportaría ser el causante de su dolor. En otros pasajes de su obra, no duda en mostrar a la muerte como un hecho glorioso, según muestra en “El Alférez Acosta”, un joven valiente que enfrenta al enemigo para acoger la muerte en defensa de las ideas propias.

Para Otero, la muerte es la consecuencia irrevocable de la existencia; un acontecimiento, incluso, para dirimir diferencias irreconciliables que de otra manera no podrían saldar los hijos de un mismo vientre, como se aprecia en “Fraternal”:

—“¡Para, o te doy fuego!” —aullaba Gabriel, tratando de dar alcance al raptor.

¡Mátame, si te atreves...!

[i]Y Gabriel, el pobre Gabriel, ciego por la cólera, enloquecido por el furor de verse impotente para recuperar la perdida insignia, sacó el revólver y lo apuntó contra su hermano...!

“¡No, no puedo matarle!”, se dijo con voz angustiada; mas, ¿presentarme en el campamento sin mi bandera...? ¡Oh, eso nunca! ¡Jamás! Su alma se recogió en su cuerpo, las lágrimas vinieron a sus ojos grises, la desesperación del honor perdido, azotó su cerebro. Volvió el brazo, hundió la boquilla del Smith en su sien y disparó.

Su cuerpo delicado tambaleó en el vacío un momento, luego...cayó de bruces. Su sangre matizó de gotitas rojas las campanillas azules de la pradera. Su hermoso cadáver adornó el tenebroso campo de batalla (27).

Si la política es un escenario de simulación que da cuenta sobre el poder, la batalla es la única verdad que enfrenta a dos combatientes. Esto se puede reconocer en la narrativa de Otero sobre la guerra. Para explicar el poder y sus acciones se recurre a las disciplinas sociales, para descubrir la vida interior de los individuos se recurre a la literatura. El realismo no es la única forma en que el escritor puede acercarse a narrar la realidad. Aunque en un relato de ficción todo es “mentira”, paradójicamente, todo puede ser verdad como interpretación, como sentido. Los personajes en un relato de ficción están al servicio de su mundo interior. Esto implica que la acción en un relato de ficción está al servicio del personaje. La historia y la literatura tienen tanto un momento lingüístico como uno poético (tropos). La diferencia está en la presunción de verdad. Un hilo muy tenue, ciertamente. La diferencia entre una y otra se puede reconocer en la intención de sentido, en la perspectiva de saber que cada una apropia.

A manera de cierre

En los relatos de Enrique Otero D'Costa sobre la guerra hay muy poco espacio para el amor o el humor y, sin embargo, es posible encontrar el humor y el amor signado por la fatalidad. Llama también la atención encontrar en sus cuentos, el heroísmo como divisa de guerra ("Fraternal", "El Alférez Acosta", "El tío Clímaco", "Muerte azul", "Bandera roja") y la amistad como cuadro de horror. En el relato "Dura Lex", el Soldado Trino Tarazona y dos compañeros más, al intentar reagruparse con la tropa liberal, caminan por la selva intentando salvaguardar su vida de la manigua, las fieras y el enemigo que los acecha. Cuando El Cucuche, exhausto y enfermo ya no puede proseguir, Trino Tarazona en un "acto de amistad" le vacía la tapa de los sesos, pues había solo dos opciones: abandonarlo a una suerte mísera o "despenarlo" para que descansase en paz (Otero, 2006, pp. 97-102). En "¡Vete!", el amigo deja a su compañero tirado en el campo de batalla para tratar de salvar su vida, pese a las súplicas y el rencor del inerme tirado en los matorrales quien se queda mirando con odio y rencor al cobarde, y ya resignado cierra los párpados para esperar la "parca" (91-96).

Los protagonistas de los relatos de Otero son, indistintamente, ricos o pobres, donnadies o coroneles, cobardes o valientes, amigos o enemigos, vencedores o vencidos, soldados o guerrilleros, cornetas, tambores o guerreros. Lo común en todos ellos es que son lanzados a un destino trágico luchando por un color azul o rojo, que en ese momento era decir liberal o conservador; azuzados por el odio, la venganza, la crueldad en la imagen de una pila de muertos ("Agua fuerte").

En los relatos del escritor en cuestión también es posible ver al hombre, a la mujer, al ser humano despojado de todo lo que más ama; al desertor que solo quiere ver a su familia; al traidor tejiendo la trampa; al corneta insuflando los corazones de ardor y valentía; al héroe acribillado por defender o rescatar la bandera; al moribundo trezado de dolor; al guerrillero presto al pillaje. No hay mayores pretensiones narrativas de Otero que ser un "teoros" de la guerra, esto es, en ser un observador de la batalla que narra la tragedia, la crueldad y el horror con la simplicidad del testigo que sintetiza y ordena lo que ve.

La verdad de la guerra con su lenguaje es de lo que se apropia Enrique Otero para mostrar distintas facetas de los personajes. El lenguaje permite que se recree un sujeto con sus actuaciones. El lenguaje puede, incluso, configurarse como una ficción necesaria para la vida. Hasta el realismo más descarnado necesita de ficción para la vida. Los relatos de Enrique Otero D'Costa sobre la guerra cruzan, una y otra vez, esta frontera invisible ϕ

REFERENCIAS

Bürger, O. (2001). *Reinsen eines naturforschers im tropischen Südamerika*. En G. Sánchez & M. Aguilera (Eds.). *Memoria de un país en guerra: los mil días: 1899-1902*. Bogotá: Planeta-IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia.

Bushnell, D. (1994). *Colombia: una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta.

Christie, K. (1986). *Oligarcas, campesinos y política en Colombia: aspectos de la historia sociopolítica de la frontera antioqueña*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Chartier, R. (1996). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 1996.

Chartier, R. (2000). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chartier, R. (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa.

Chartier, R. (2007a). "Lecturas populares". En Eafit (Ed.), *II Seminario Internacional Sociedad, Política e Historias Conectadas: Cultura impresa y espacio público. Siglos XVI-XXI*. Medellín: Universidad Eafit.

Chartier, R. (2007b). "El pasado en presente". En Eafit (Ed.), *II Seminario Internacional Sociedad, Política e Historias Conectadas: Cultura impresa y espacio público. Siglos XVI-XXI*. Medellín: Universidad Eafit.

Deas, M. (2001). "Las memorias de los generales. Apuntes para una historiografía de la guerra". En G. Sánchez & M. Aguilera (Eds.). *Memoria de un país en guerra: los mil días: 1899-1902* (pp. 125-141). Bogotá: Planeta-IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia.

España, G. (2001). Literatura y guerra en Santander. En E. Otero. *Dianas tristes. Episodios de la Guerra de los Mil Días* (pp. 9-18). Bucaramanga: Sic.

España, G. (2005). Pequeño mapa de la Guerra de los Mil Días. En A. Escobar (Eds.). *Narrativa de las guerras civiles colombianas. La Guerra de los Mil Días* (pp. 11-57). Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.

Fischer, T. (2001). Desarrollo hacia afuera y «revoluciones» en Colombia, 1850-1910. En G. Sánchez & M. Aguilera (Eds.). *Memoria de un país en guerra: los*

mil días: 1899-1902 (pp. 33-58). Bogotá: Planeta-IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia.

Henderson, J.D. (2006). *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Otero, E. (1916). "El Licenciado Jiménez de Quesada. Algunas viejas novedades y ciertas nuevas vejeces sobre las empresas literarias y militares de don Gonzalo Jiménez de Quesada, mariscal y adelantado que fue del Nuevo Reino de Granada". *Boletín Historial*. (18). pp. 255-367.

Otero, E. (2006). *Relatos de la Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Panamericana.

Pérez, A. (2012). "Notas historiográficas e interpretativas sobre los estudios de las guerras civiles en Colombia: el caso de la guerra de los mil días, 1899-1902". *Revista Divergencia*. (2). pp. 169-177.

Rausch, J.M. (1993). *La educación durante el federalismo. La reforma escolar de 1870*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo-Universidad Pedagógica Nacional.

Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México D.F.: Siglo XXI.

Röthlisberger, E. (2001). El Dorado. Reise-und Kulturbilder aus dem südamerikanischen Columbien. En G. Sánchez & M. Aguilera (Eds.). *Memoria de un país en guerra: los mil días: 1899-1902*. Bogotá: Planeta-IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia.

Ruíz, R.A. (2002). *Historia de las bandas militares de música en México: 1767-1920*. Tesis de maestría no publicada. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México.

Santa, E. (1990). *Consideraciones en torno a la novel «Pax»*. *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*. (2). pp. 441-465.

Tirado, Á. (1996). *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: Autores Antioqueños.

Tovar, B. (1989). La economía colombiana (1886-1922). En *Nueva Historia de Colombia* (t. V, pp. 9-50). Bogotá: Planeta.

CIBERGRAFÍA

MOXLAD [en línea]. Montevideo, Oxford: [10 Mayo 2014]. Base de datos disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/graficarseries.html>.

Melo, J.O. (s.f). *La evolución económica de Colombia, 1830-1900*. Recuperado el 12 de mayo de 2014 de la base de datos www.jorgeorlandomelo.com

Naranjo, J.A. (1995). *Antología del temprano relato antioqueño*. Recuperado el 30 de mayo de 2014 de la base de datos <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/12/lit-atra-jan.pdf>